



Narrativa

Realismo duro

Elizabeth Strout
Olive Kitteridge

EL ALEPH
328 PÁGINAS
20 EUROS

ISABEL NÚÑEZ

Elizabeth Strout (Portland, Maine, 1956), a la que ya conocíamos aquí por sus relatos *Amy e Isabelle*, obtuvo el Pulitzer por esta "novela de cuentos", *Olive Kitteridge*, trece historias situadas en el pueblo de Crosby, Maine, que giran más o menos en torno a un personaje. La estructura le permite a Strout alcanzar la densidad investigativa de la novela (algo que sólo grandes escritores como Alice Munro, o el Sa-

linger de *Para Esmee...*, logran en cuentos), sin perder el brillo de revelación instantánea que da la vuelta a todo lo narrado en los cuentos. Aunque hay relatos mejores que otros, personajes abandonados que querríamos volver a ver.

Vemos la atmósfera del lugar, los cielos inmensos, los atardeceres, la subida de las mareas, el bar-restaurante, la ferretería y la farmacia, la escuela. A veces parece que nada hubiera cambiado y que el

mundo fuera el de antes, a pesar de toda la disfuncionalidad y el malestar contemporáneos que arrastran los personajes, la depresión, la anorexia, el suicidio, la violencia desesperada, vista desde los dos lados, la necesidad de robar, el alcohol y la vejez, que deforma e hincha los cuerpos. Y de forma natural en la trama, surge Bush, los excesos del control de los aeropuertos, el fanatismo, la guerra de Iraq.

Lo más poderoso es el personaje de Olive y su verdad, esa maestra jubilada, corpulenta y obesa por la menopausia, con un carácter duro y obstinado, capaz de una extraña empatía con los desconocidos, sin duda por su *insight* psicológico, pero incapaz como madre y como pareja, incapaz de disculparse. La complejidad psicológica es la he-

rramienta básica de Strout, que no nos ahorra ninguno de los gestos contradictorios y arbitrarios, o patológicos de estas mujeres difíciles que recorren el libro y con las que sin embargo acabamos simpatizando. Irradia "la necesidad de entender incluso a los que aborrecemos". Y en ese realismo despiadado surgen momentos de esperanza y de fulgor vital, que crece incluso en la vejez o sobre todo en la vejez.

Hay algo muy clásico popular americano aquí, sin referencias a lo literario, sin sofisticaciones o innovación formal, pero la carga humana ambivalente, la pura vida con toda su fealdad escatológica, su oscuridad y su fulgor son innegables y dejan un poso importante en cualquier lector. |